

# Parámetro Zero

**ENEMIGOS**

**DANIEL SALGADO BLANCO**



# Parámetro Zero: Enemigos

Daniel Salgado Blanco

Escrito por Daniel Salgado Blanco.

Historia original por Diego García Ordás.

Parámetro Zero - Copyright © 2010-2022, Diego  
García Ordás.

# Enemigos

*Valdasta, 8 de febrero de 2027*

El siguiente hombre que entró era algo distinto a los anteriores. Su vestimenta era la misma, un ejecutivo trajeado cualquiera, pero su actitud era la que marcaba la diferencia. También llevaba una media melena que le llegaba casi hasta los hombros. Winaja amagó una mueca de desprecio, considerando que aquello le restaba seriedad. Tobías pensó que le quedaba bien, le daba imagen de moderno. Fry no pensó nada, simplemente aguardaba a que le dijeran por fin qué estaba haciendo allí exactamente. Había un límite para la cantidad de psicotécnicos que un hombre podía hacer hasta hartarse.

Loui, que así se llamaba el hombre, repasó mentalmente las fichas de cada uno mientras les recorría con la mirada. La selección inicial de candidatos había sido reducida a cincuenta posibles. Él mismo había participado en el proceso. Y ahora, de pie ante ellos en aquella sala de operaciones de La Agencia, no tenía muy seguro qué era, pero veía algo que le convencía. Esa callada estoicidad, esa desfachatez antirreglamentaria, esa brillantez asocial. Fuese lo que fuese no habrían pasado el corte de muchas otras unidades, para ser honestos, pero habían superado el suyo. Él trabajaba con otros baremos.

Los tres candidatos le miraban sin decir nada, aguardando. Tampoco habían hablado apenas entre ellos. No se conocían de nada previamente, aquella era la primera vez que habían coincidido en el mismo lugar y al mismo tiempo. Moraban mundos muy distintos, y precisamente por eso tendrían que hacer un buen equipo una vez solventaran sus diferencias y se acoplaran como las piezas de un engranaje... si querían sobrevivir a su prueba final.

La sala no tenía concesión alguna para la estética. En ella, iluminadas por unas luces LED blancas que parecían sacadas de la sala de espera de un hospital, había tan sólo tres sillas —las que ahora ocupaban los sujetos—, una mesa y una *tablet* sobre ella en la cual habían ido consultando, por orden, toda la información que El Centro había recopilado sobre ellos. Que no era poca.

Remataban el recinto un falso techo, un suelo de gres porcelánico y cuatro paredes desnudas, excepto por una interfaz etérea del tipo B gigante que ocupaba la mayor parte de una, y un Sensor de Campo Visual en una esquina al lado del cual Loui caminó, y a Winaja no le pasó inadvertido que lanzaba una breve mirada al mismo. Eso le confirmó que al contrario de lo que les habían dicho sí les estaban observando, pero ¿qué otra cosa podían esperar de una sala que a todas luces parecía diseñada para interrogatorios?

Y tal era su hilo de pensamiento cuando el hombre habló.

— Buenos días. Me llamo Loui. Pertenezco al equipo directivo de La Agencia, que como bien sabréis aglutina los servicios de seguridad de El Centro, así como la sección de fuerzas especiales creada durante la Guerra de la Energía y que permaneció activada al terminar la misma.

---

Al oír esa referencia Winaja pareció revolverse en la silla, incómodo. El personal en la sala de observación aledaña comprobó que los sensores marcaban un ligero incremento en su frecuencia cardíaca. Lo anotaron.

— Actualmente hay abierto un proceso para cubrir unas vacantes que existen en la misma —continuó—. Estáis aquí porque creemos firmemente que sois candidatos prometedores. Pero no voy a mentiros, las pruebas de acceso son muy difíciles, y eso es sólo la antesala de lo que vendrá después.

Hizo una pausa dejando que sus palabras calaran hondo. Era importante que no diese lugar a malinterpretaciones. Había demasiado en juego.

— Si decidís tomar parte en el proceso, os asignaremos una misión que tendréis que completar exitosamente. Involucra acción real y por tanto, puede que vuestras vidas corran peligro. Si la superáis, comenzará vuestro entrenamiento.

Contó hasta diez en su cabeza antes de seguir. Era mucho que procesar.

— ¿Habéis entendido? Si alguno tiene dudas o quiere salirse, este es el momento.

Se miraron los unos a los otros antes de volver a fijar la vista en Loui. Seguro que se preguntan si esto va en serio, pensó el ejecutivo. Pero no había un atisbo de sonrisa en su rostro. Transcurrieron unos instantes, y tal y como había imaginado uno a uno tomaron una resolución interna, que por sus gestos era afirmativa. Su juicio sobre la pasta de la que estaban hechos no era errado.

— Afirmativo.

— Vale.

— De acuerdo.

Loui asintió a su vez y prosiguió.

— Muy bien. No esperaba menos. Parecéis impacientes por comenzar, así que vayamos al grano.

Metió la mano en un bolsillo, y al cabo de unos segundos la interfaz de pared cobró vida con un tono azulado. En ella se proyectó el logo de la empresa.

— Durante los últimos años varios de los descubrimientos de El Centro, así como diseños de invenciones aún en fase de investigación, han sido liberados al público a través de la red global —siguió explicando, adoptando un tono de voz neutro parecido al de una computadora—. Al principio creímos que se trataba de empleados descontentos con la compañía que individualmente robaban esta información y la difundían. Estábamos equivocados.

Mientras hablaba, varias imágenes se iban dibujando como diapositivas de una presentación cualquiera. Era curiosa la forma tan trivial con la que hablaba de conceptos como la traición, el espionaje industrial y el robo de secretos. Fry se sintió como en la defensa de una tesis cualquiera, Tobías se lo imaginó en una sala con otros hombres de negocios comentando la subida de sus acciones en bolsa, y sólo Winaja lo reconoció como lo que era, un *briefing* de misión con todas las de la ley.

— Nuestra investigación interna reveló la existencia de un grupo enigmático que se hacen llamar a ellos mismos Kippel, término extraído de una novela de ciencia ficción. De forma organizada y actuando con gran discreción, se dedican a pu-

---

blicar nuestros planos e investigaciones. No les interesa la información económica, ni otros datos de gestión, por lo que no creemos que trabajen para la competencia. Sospechamos que lo hacen por motivos altruistas. Según ellos, los contenidos del Neuralio le pertenecen a toda la humanidad y no es justo que una empresa como El Centro lo acapare todo.

Fry, muy interesado en temas de tecnología e ingeniería, y de hecho empleado accidental de El Centro, hizo memoria y recordó las noticias que había leído al respecto así como las circulares internas de la empresa. Loui no mentía.

— Hasta la fecha, hemos determinado que aunque cuenta con numerosos simpatizantes, Kippel se compone de un núcleo directivo de tres personas. No tenemos motivos para pensar que haya más. Ni que decir tiene que toda esta información siendo publicada sin control representa un peligro, no sólo para El Centro. No se puede saber quién se hará con ella, ni para qué la usarán. Sería un problema si esta tecnología cayese en las manos equivocadas.

Por su entonación final, intuyeron que se avecinaba la conclusión.

— Por lo tanto, vuestra misión de prueba consistirá en identificar, localizar y neutralizar a estos miembros de Kippel.

Lo dijo con toda la naturalidad del mundo, como si no estuviese proponiendo acabar con la vida de tres personas sino ordenar un cierto entrante antes de la cena. Hubo miradas inquisitivas y gestos de extrañeza.

— ¿Neutralizar? Como... ¿eliminar? —preguntó Winaja.

— Así es. No estamos hablando de un arresto.

— ¿Eso es legal? Creo que no mucho. . . —objetó Tobías, aunque para nada estaba escandalizado.

— Actualmente, La Agencia tiene más poder que muchas de las fuerzas y cuerpos de seguridad estatales de varios países, e incluso ejércitos. Hace años les prestábamos ayuda, cooperábamos con ellos y obedecíamos sus mandatos. Ahora es al revés. Aun suponiendo que nos puedan relacionar con esto, no tendrán nada que decir al respecto. Por la cuenta que les trae.

— Visto así suena fácil, pero no deja de ser matar gente —insistió Tobías.

— Nuestros equipos de operaciones especiales hacen el trabajo sucio de El Centro y realizan de manera regular acciones de este tipo. Por supuesto, nunca se reconocen oficialmente. Pero si queréis entrar y formar parte de ellos tenéis que estar dispuestos a darlo todo y no hacer preguntas. Es una unidad de élite, que aun exigente implica beneficios notables, incluyendo en el aspecto económico así como el estatus personal. Pero todo tiene un precio.

Lo meditaron unos instantes. Se diría que su indignación inicial había sido tan sólo fingida por motivos sociales, y que había desaparecido rápido al mencionar las posibilidades asociadas a la pertenencia a ese selecto y reducido grupo que era la flor y la nata de El Centro: los agentes. Otros, como Tobías, habían enarcado una ceja ante la mención de «beneficio económico».

Tanto Winaja como Tobías habían matado a gente con anterioridad, uno por deber y otro por sobrevivir, aunque a veces había sido al revés. En cuanto a Fry, no tenía experiencia de combate previa, pero era resuelto y su análisis psicológico hacía evidente que la vida humana no ocupaba lo más alto en su lista de prioridades.

---

Pasaron los minutos. Una oportunidad así no se presentaba todos los días, pero ninguno se atrevía a ser el primero en dar el paso. Por fin, fue Fry el que rompió el tenso silencio.

— Está bien. No pienso dejar pasar la ocasión.

«Cualquier cosa con tal de salir de este agujero», pensó. «Incluso matar».

— Yo también me apunto —dijo a su vez Tobías, animado. «No tengo nada que perder. Bueno, sí, mi vida. Pero el prestigio a ganar lo compensa...».

Winaja era el más reticente. Acostumbrado a pensar las cosas con detenimiento y valorar todas sus opciones, sopesándolas, no era amigo de lanzarse al peligro. Por lo menos, no desde aquella vez que...

— De acuerdo, acepto.

Loui se sintió aliviado de librarse del compromiso que suponía decidir qué hacer con ellos ahora que habían escuchado toda aquella información confidencial. También de no tener que volver a hacer una selección de candidatos. Definitivamente, aquello marchaba.

— Perfecto. Veo que no nos equivocamos con vosotros. Os daré el resto de datos —comentó, mientras pulsaba otro botón en el pequeño mando que llevaba en el bolsillo y con el cual controlaba remotamente la presentación—. El primer miembro, y el único que hemos identificado hasta ahora con certeza, es Francisco Lorenzo, también conocido por su alias *online*, «Raven». Es informático de El Centro, y por tanto tenemos todos sus datos personales, incluyendo su domicilio.

Apareció la imagen de un hombre en torno a la treintena, con gafas y pinta de haber sido el empollón de su clase. No parecía especialmente peligroso.

— Sobre el segundo renegado, no tenemos ninguna información. Parte de vuestra misión va a consistir en averiguar su identidad. Puede que sea un empleado nuestro, o puede que no. Os sugiero que empecéis por *Raven*.

Otra pequeña pausa mientras tomaba aliento.

— En cuanto al tercero... Lo único que puedo decir, es que es probable que se encuentre en esta misma habitación.

Ni quitando la anilla a una granada de fragmentación y lanzándola en mitad de la sala habría logrado el mismo efecto. Todo lo que acababan de escuchar los diez minutos previos les había supuesto algún tipo de sorpresa, pero esto ya era verdaderamente chocante. Winaja incluso se incorporó, apoyando las manos en la mesa, como exigiendo que se acabase aquella broma. El resto, sin darse cuenta, separaron levemente sus sillas de los demás.

— ¡No entiendo nada! ¿Está diciendo que uno de nosotros puede ser un traidor? ¿Uno de aquellos que nuestra misión es eliminar? —saltó el rudo veterano.

Sus dos compañeros se miraban con cara de desconfianza, y por turnos le miraban a él también. Nunca habían comenzado a sentirse cómodos, pero todo el progreso al respecto se había esfumado y ahora era mayor la distancia que les separaba.

— No estamos al cien por cien seguros. Es sólo una posibilidad con la que trabajamos, un factor con el que tendréis que lidiar en vuestra misión. Pero sí, puede que uno de vosotros

---

sea miembro de Kippel.

— Ridículo. Es ridículo —espetó Winaja—. ¿Y qué clase de táctica es esa, juntarnos a todos para encontrar y matar a un grupo al que igual pertenecemos ellos, o yo?

Fry asintió.

— No tiene sentido, en efecto. No me lo creo. Sería la peor estrategia de la historia. Si es cierto, están poniendo sobre aviso a esa organización secreta, y a la vez nos están condenando a muerte al resto. Porque el traidor, si hay, no va a dejarnos llevar a cabo el encargo, sin duda.

— Es raro de cojones, sí —concluyó Tobías—. No lo acabo de pillar. Habría que ser tonto.

Loui parecía estar ligeramente divertido por la situación, pero lo disimulaba bastante bien. Con el mismo aplomo se sacudió sus dudas de encima.

— Ya os he dicho que no es definitivo. Si lo fuera no habríamos actuado así. Pero no olvidéis que estáis pasando por una prueba, y vigilaremos vuestro comportamiento. Es uno más de vuestros problemas, pero no el más grave. No hemos sido capaces de determinar a ciencia cierta la identidad del tercer miembro de Kippel, pero es igualmente necesaria su eliminación para el bien de la misión. Eso es todo.

— Locura... una locura —Winaja meneó la cabeza, insatisfecho.

El ser humano se caracteriza, por encima de otras cosas, por su capacidad de adaptación. Proporcionado el tiempo suficiente, terminará por aceptar y amoldarse a cualquier cosa que se le

proponga. Y así es como, a medida que las agujas del reloj avanzaban, el conocimiento de lo que les acababan de explicar se fue asentando en las cabezas de los aspirantes. Con cada minuto que pasaba ya no lo veían tan descabellado. Quizá incluso fuera factible. No podían acabar mucho peor de lo que ya estaban...

— Por cierto... Tú también estás en esta habitación con nosotros.

Ante la audaz bravuconería de Tobías el ejecutivo no reaccionó con disgusto, sino todo lo contrario. Esbozó una sonrisita cómplice, como reconociendo que aquella actitud de exceso de confianza no sólo le gustaba; también era lo que había estado esperando de ellos. Necesitaba hombres capaces, decididos.

— Bueno, ya dije que no es del todo seguro.

— ¿Y por qué no usar sus propios agentes para esto? ¿Por qué tres extraños sin relación con La Agencia ni entrenamiento? —preguntó Winaja, obviando el comentario de su compañero a la fuerza más joven.

— Sobre lo último, discrepo. A veces la vida es el maestro más duro de todos y da las lecciones más difíciles —Loui parecía, pero sólo parecía, fijar su vista en Tobías mientras decía esto—. Respecto a lo otro, Lorenzo no deja de ser empleado oficial de El Centro. Sería contraproducente para nuestra imagen el sancionar su ejecución a manos de nuestros propios agentes. Sus colegas, por lo que sabemos, podrían ser también trabajadores nuestros, así que estamos en las mismas. No vamos a ir contra nuestra propia gente, al menos no en público. Por último, si es posible hay que evitar que la existencia de este colectivo de renegados salga a la luz. Debe hacerse de incógnito, por gente que no tenga ninguna relación con La Agencia.

---

— Demasiado sucio incluso para vosotros, ¿eh? —comentó Fry con sorna.

— Algo así.

Pasaron los minutos. Nadie hablaba. Otro *impasse* involuntario.

— Venga —saltó por fin Tobías, mientras el resto asentían—. Ahora o nunca.

\*\*\*

— [*Bueno, pues ya está en marcha.*]

— [*Perfecto. Habrá que prepararlo todo.*]

— *¿Son los candidatos adecuados, seguro?*

— [*Seguro, los de recursos humanos no fallan con estas cosas. Y el ordenador concuerda.*]

— *Espero que sepáis lo que estáis haciendo. Podemos meternos en un buen berenjenal si algo se tuerce.*

— [*Relájate, hombre. Es un plan a prueba de fallos.*]

— *No tiene que ser a prueba de fallos. Tiene que ser a prueba de tontos.*

\*\*\*

Los tres candidatos fueron escoltados fuera de la sala, mientras intercambiaban miradas de suspicacia, hasta una especie de garaje privado donde les esperaba un vehículo civil: una

furgoneta de conducción completamente autónoma. Al contrario que otros, no daba como opción extra la funcionalidad de ser manejado manualmente, por lo que carecía de volante y pedales ganando espacio en el interior del habitáculo. Y aunque no contara con chófer, pues no era necesario, dentro sí les aguardaba una atractiva azafata, maquillada y con tacones. La guinda del pastel, pensó Tobías. Lo que nos faltaba, pensaron los otros. Seguramente no estuviese al tanto de su misión, y Winaja, cínico, reflexionó que no les creería si se lo contaran.

Durante el viaje en coche hasta su objetivo (la dirección de *Raven*), mientras Tobías ligaba con la azafata, Winaja miraba por la ventanilla y analizaba las vidas de la gente y el entorno hipertecnológico por el que se movían como peces en el agua. Reflexionó cuánto había cambiado la sociedad los anteriores veinte años. La manera en que estas invenciones, casi regaladas por su fabricante en apariencia desinteresado, se habían abierto camino en la sociedad metamorfoseándola hasta quedar irreconocible. Ya nadie concebía el día a día sin ellas. Gobiernos habían caído o habían sido encumbrados según su rechazo o aceptación a las mismas. Ahora todo giraba en torno a El Centro. Tal vez hubiesen escogido ese nombre aposta; de lo contrario, era realmente apropiado.

Poco a poco fueron soltando la lengua, con la chica haciendo el papel de mediadora, pero en absoluto porque quisieran conocerse mejor: las palabras de Loui acerca de un infiltrado aún resonaban en sus cabezas, no podían dejar de pensar en ello y se lanzaban preguntas llenas de intención para tratar de averiguar la identidad del topo, si es que había uno. Una vez se planta la semilla de la desconfianza es muy difícil evitar que brote el árbol de la paranoia, cuyo fruto es la traición.

Tobías no se creía esto que Loui les había contado. Sabía cómo se las gastaba El Centro y pensaba que toda esta misión no

---

era más que una prueba.

— Ya entiendo lo que pretenden —decía—. Lo han hecho aposta, para que desconfiemos los unos de los otros y así nos cueste más. Para volvernos locos.

Fry parecía convencido por su versión.

— Opino lo mismo. Es un truco mental, como en las entrevistas de trabajo. Quieren añadir un factor más de estrés para ver cómo nos las apañamos.

Sin embargo, Winaja no hizo más que aumentar su aprensión hacia él, creyendo que simplemente estaba tratando de desviar la atención. La azafata, por su parte, se limitaba a sonreír sin entender nada de lo que hablaban, pero estaba acostumbrada. Formaba parte de su trabajo.

Llegaron a su destino. Lorenzo vivía en una casa de campo tipo chalet, muy aislada en medio de un páramo. Desde luego, si lo que buscaba era privacidad no podría haber escogido un lugar mejor. Se bajaron y estiraron las piernas con agrado. Winaja se sentía como en casa y aspiró con deleite el aroma a pino del noroeste peninsular: le encantaba el entorno rural. Tras despedirse de la azafata, que apresuradamente y con un gesto cómplice garabateó su usuario de una red social en un pequeño papel que entregó a Tobías, vieron alejarse el vehículo, y cuando se perdió tras un recodo del camino se dieron la vuelta para inspeccionar la zona.

No se podía decir que les hubiesen preparado a fondo para esa misión, desde luego. No sabían nada de la ubicación, ni tan siquiera tenían un triste plano ni fotografías aéreas de reconocimiento. Por no tener, ni les habían provisto de equipamiento; todo cuanto llevaban consigo eran sus propias armas persona-

les, que al menos les habían devuelto, y para las cuales la munición escaseaba. La de Winaja era legal y amparada por una licencia de tiro deportivo aunque la portaba sin permiso. También llevaba un cuchillo. La de Tobías había sido conseguida a través del mercado negro, y Fry estaba desarmado. Por lo que a ellos respectaba, allí dentro podría estar esperándoles un ejército.

Tras debatir un rato en voz baja, agachados detrás de unos arbustos altos al lado del camino que llevaba hasta la edificación, decidieron que la mejor vía de acción sería quedarse escondidos en la zona exterior esperando a ver si alguien entraba o salía de la casa. Como lo llamó Winaja, «una clásica vigilancia de apostadero». Su intuición se probó correcta, pues tras un rato de aburrimiento divisaron un coche de color rojo cereza que avanzaba en su dirección. Enfiló el sendero y llegó al final del mismo, aparcando fuera. De su interior salió tan sólo una persona, un hombre al que identificaron sin problemas: *Raven*. Cerró el vehículo y entró en el chalet. Tras esperar un tiempo prudencial, los candidatos resolvieron sabotear el automóvil rajando los neumáticos para impedir cualquier posible huida. No habían ido hasta allá para quedarse con un palmo de narices.

Esa había sido la parte fácil. Quedaba lo peliagudo: acceder de alguna forma al interior del chalet, enfrentarse a sus ocupantes y extraer la verdad de sus bocas. Gracias a una nueva «lluvia de ideas» ocultos tras la vegetación, a Fry le vino una no muy criticable: echarían a suertes quién de los tres iría a llamar a la puerta bajo cualquier falso pretexto. Parecía un disparate, pero tenía su lógica. Si realmente había un enemigo en el grupo tenían que identificarle, y si aquello no era más que una prueba debían superarla, y cuanto antes hicieran una de las dos mejor. Por ello, si el traidor era el seleccionado para ir a tocar el timbre Francisco le reconocería y saludaría como

---

tal, sorprendido. Les habían confiscado sus móviles personales cuando entraron en la sede de La Agencia, y no se habían perdido de vista los unos a los otros desde entonces, por lo que habría sido imposible para el traidor avisar de sus planes. Si en cambio el miembro de Kippel no le reconocía, significaría que podían descartarle como sospechoso. Sea como fuese era un buen plan, y todos lo aceptaron.

Recogiendo ramitas del suelo, las prepararon para sortear quién iría. Le tocó a Winaja, pero tras timbrar con insistencia e incluso aporrear la puerta con los nudillos durante unos minutos nadie acudió a abrir. Desconcertante, cuando habían sido testigos de cómo Lorenzo entraba.

Con cuidado dieron la vuelta al chalet buscando otra vía de acceso mientras oteaban a través de las ventanas, pero sin atisbar nada. En la parte trasera descubrieron una trampilla de madera —algo podrida, seguramente por la humedad de las lluvias— cerrada con un candado. No querían hacerlo saltar de un disparo, no tanto por el ruido que ello generaría (pues sus armas contaban con un modo subsónico) como por conservar la munición que debían usar a cuentagotas. Pero tras rebuscar en un contenedor de residuos cercano que también habían visto durante el rodeo, se procuraron un trozo de barra metálica con el cual consiguieron forzarlo con un poco de insistencia del recio Winaja. Levantaron la trampilla y al otro lado les aguardaba un oscuro túnel subterráneo.

Curiosamente, ninguno de ellos llevaba una linterna que les habría sido muy útil en esas circunstancias, y tanto sus teléfonos como el fiel Zippo de Tobías seguían en la caja de decomiso donde los habían dejado, a bastantes kilómetros. Pero a sugerencia de Tobías, que gustaba de llevar siempre encima un pequeño estuche de herramientas, Fry pudo improvisar una luz portátil utilizando uno de los focos del coche y la ba-

tería. Era bastante manitas en temas de electricidad. Su joven compañero reflexionó divertido acerca de lo gracioso que era el haberles permitido coger las armas y las herramientas pero no sus dispositivos. Podían matar, pero no contárselo a nadie. Una ética un tanto cuestionable.

Accedieron al oscuro túnel, moviéndose despacio y con toda clase de precauciones al no tenerlas todas consigo ni poder descartar la presencia de trampas explosivas, y llegaron hasta una entrada bloqueada por un panel con teclado numérico. Estaba cerrada y desconocían el código, así que siguieron explorando, examinando de cerca las paredes de hormigón hasta dar con una entrada secreta que comunicaba con el sótano de la casa. Como ya era un poco tarde para replantearse el allanamiento de morada, entraron y la registraron meticulosamente. Nadie había en ella, por lo que la única posibilidad restante era que *Raven* hubiera seguido el camino inverso y se hubiera introducido en la zona tras la puerta de cerradura electrónica. Uno de los interruptores al pie de la escalera del sótano activaba un conjunto de luces LED en el pasillo original. Tras un rato de ensayo y error con la caja de fusibles, y siguiendo los cables, Tobías llegó a la conclusión de que la instalación eléctrica de esa zona era completamente independiente de la que usaba la casa. En la parte residencial no había nada sospechoso, pero aun así optaron por sabotear la caja de luces para cortar la alimentación. Quizá así se desactivara alguna medida de seguridad.

Volvieron al túnel y trataron de abrir la puerta blindada. Tobías, que se autodenominaba un *hacker* advenedizo, sacó otra multiherramienta y tras abrir el panel con un destornillador y conectar un cable dentro intentó hacer saltar la protección. Fue en vano. Tras una serie de tentativas se hartaron y decidieron hacerlo a mano, ya que el dispositivo no establecía un número máximo de entradas fallidas. Emplearon tres in-

terminables horas en ir probando códigos de forma secuencial, turnándose cuando sus dedos se agarrotaban, hasta que dieron con el correcto. Cuando la luz se tornó cian (el color que había sustituido al verde como indicativo de «abierto» tras la casi total desaparición de los semáforos) ni se lo creían. Ninguno quería tener que repetir el proceso, así que anotaron los dígitos. Fry hizo la observación, con fastidio, de que si uno de ellos era el traidor muy probablemente se supiera el código, pero por disimular no lo habría metido en presencia del resto. Esto no mejoró tampoco el humor de los otros.

Accedieron a un lugar oscuro y frío, lleno a rebosar de piezas metálicas, como una especie de desguace subterráneo. Se oían ruidos de filtraciones de agua, y metales que se doblaban por su propio peso fruto de la oxidación. No era un ambiente precisamente acogedor, pero si ya se habían metido hasta la cintura por qué no seguir hasta el cuello, se dijeron. Y acto seguido se adentraron en las tinieblas.

\*\*\*

— *[¿Y bien? ¿Qué están haciendo nuestros chicos?]*

— *Algo no va bien. Les hemos perdido de vista hace un rato. Llevan mucho tiempo sin dar señales de vida. Ya deberíamos haber establecido contacto.*

— *[Ya os dije que eran algo... inusuales. Dejémoslo ahí. Seguro que lo están haciendo a su manera.]*

— *Espero que no hagan ninguna locura. Ese lugar es una trampa mortal. Está hecho para neutralizar intrusos.*

— *[Te preocupas demasiado. Lo hemos hecho todo bien hasta ahora.]*

— *Odio no tener el control de la situación.*

— [*Sí, ya te conocemos. Venga, cambiemos de tema. ¿Qué tal le va a tu hija?*]

\*\*\*

Avanzaron despacio, con los nervios a flor de piel. El entorno estaba lleno de sonidos enervantes que les hacían pegar un respingo cada poco, apuntando a las sombras como niños asustados. Winaja y Tobías ni siquiera habrían sido capaces de decir por qué habían sacado sus pistolas, achacándolo al ambiente tan opresivo. Fry, que no poseía armas de fuego, se había hecho con un contundente trozo de hierro de los muchos que alfombraban el suelo. Por si la oscuridad no fuese bastante se tenían que mover con precaución para no clavarse ninguna pieza metálica, puesto que ni recordaban cuándo habían recibido el último recordatorio del tétanos. Todo aquello era ciertamente asqueroso.

Transcurridos varios minutos una extraña melodía llegó hasta sus oídos. No eran capaces de ubicarla con precisión. Semejaba una cacofonía electrónica de aquellos antediluvianos módems de conexión telefónica que Winaja había conocido, brevemente, en su juventud. De improviso ganó volumen y se hizo más aguda a la vez, provocando que se les erizaran los cabellos. Con un brutal estruendo algo surgió de entre los hierros, una mole imponente que tras unos segundos identificaron como un robot de vigilancia, en concreto un modelo Y-101 apenas reconocible dado que había sido objeto de varias modificaciones. Según hizo notar Fry, le habían eliminado la carcasa externa para darle un aspecto más amenazador, y en el lugar donde habrían estado los ojos en su forma humanoide lucía un brillo rojo. Winaja, por su parte, vio que portaba una escopeta G-41 «Supresora». Quedó allí erguido y desafiante durante unos

---

momentos, como analizándolos. No se atrevían a moverse por miedo a provocar una reacción.

No hizo falta. Transcurrido el tiempo necesario para que concluyera sus cálculos, la propia máquina inició un movimiento que obviamente era hostil. Su dictamen había sido, al parecer, que los tres candidatos eran una amenaza, y su decisión al respecto era eliminarla. Al equipo le faltó tiempo para cobijarse de un salto detrás de las pilas de escombros. Comenzó el peligroso baile y la lluvia de disparos.

La primera reacción de Fry fue salir al pasillo, pero el robot, que llevaba equipados varios núcleos de inteligencia artificial para sus tácticas, lo anticipó y barrió la zona de salida de forma certera haciéndolo imposible. Huir ya no era ninguna opción, así que sólo restaba el enfrentamiento directo, y confiar en ser los únicos en pie al terminar. El combate fue feroz, pero Winaja, fogueado en la guerra, enseguida tomó la iniciativa y dio órdenes secas y precisas a sus colegas para batir al acorazado desde varios lugares al mismo tiempo. Se asomaban lo justo para soltar un par de disparos y llamar su atención, y a continuación se escondían de nuevo dejando que su compañero les relevase. Fry, que iba desarmado, contribuía lanzando los objetos más pesados que era capaz por encima del montículo tras el que se había cubierto, desestabilizando al bípedo con un sonoro impacto cada vez que atinaba. Cuando el robot les acorralaba, salían huyendo hacia otra cobertura y todo volvía a empezar.

A base de aguante consiguieron incapacitarlo. Winaja había sido alcanzado durante la valiente acción de quitar a Fry de en medio de la trayectoria de un proyectil, pero se trataba tan sólo de un rasguño superficial. Fue atendido por Tobías, que portaba un pequeño botiquín de curas básicas. Mientras lo hacía, los tres se miraron sin decir nada, las gotas de sudor

aún bajando por sus frentes. En ese momento se dieron cuenta de que aquello iba realmente en serio. Hasta entonces sólo lo habían sospechado, pero tras haber visto la muerte de cerca ya no les quedaba ninguna duda: no sólo estaban siendo puestos a prueba, tanto la misión como el peligro eran reales y morir, una posibilidad.

Dejando atrás los restos agujereados de su contrincante, se internaron aún más en las instalaciones. Cinco minutos después llegaron a un garaje subterráneo. Seguía sin haber rastro alguno de *Raven*, pero por si acaso, y de nuevo para evitar su posible fuga, movieron uno de los dos vehículos presentes usándolo como improvisada barricada para bloquear la rampa de salida. Algo más adelante fueron a dar a un pasillo, el cual por uno de sus extremos desembocaba en una sala por la que patrullaban más robots similares al primero. Detectándolos a tiempo, descartaron entrar, lo cual sería una idea nefasta, y dieron un rodeo sigilosamente.

Llegaron a la sala del generador que proporcionaba energía al búnker. Tobías mostró el propósito de destruirlo, pero sus compañeros le detuvieron *ipso facto*: la posible explosión de seguro les habría matado a todos. Anexa a dicha sala había un almacén mucho más interesante, dado que contenía armas (escopetas como las que portaban sus metálicos adversarios) y gran cantidad de munición. Se pertrecharon con todo lo que pudieron. Ya no se sentían tan en desventaja, pero continuaron sin pronunciar ni una sola palabra, como antes.

Recorrieron en silencio, ya escarmentados, el frío búnker hasta otro pasillo donde pegadas a su lateral reposaban tres cápsulas, con otros tantos Y-101 modificados aguardando inertes en su interior. La visión era ominosa y les aumentaron las pulsaciones, pero dado que parecían estar desactivados pasaron de largo no sin echar frecuentes vistazos a su espalda. No se

---

fiaban. Lo que no habían visto distraídos como estaban por los robots eran los pequeños SCV del techo a través de los cuales estaban siendo observados. Una imagen apareció en una de las pantallas del área siguiente, bien grande. Era Francisco Lorenzo, *Raven*, su objetivo, quien con una risa burlona les retó, sugiriendo que le demostraran de qué eran capaces.

La reacción de los mercenarios en potencia de El Centro fue hostil, por supuesto. Habían aguantado mucho y superado ya con creces su umbral de paciencia. Tobías descargó un disparo de su escopeta sobre la pantalla acompañado de una blasfemia casi tan ruidosa. Como respuesta, *Raven* activó los Y-101 de las cápsulas. Oyeron sus funestos ruidos en el pasillo. La pesadilla se reanudaba, esta vez por triplicado.

Rápidamente se pusieron manos a la obra para examinar la sala de servidores donde habían ido a parar, buscando algo que pudiese detener a los robots de seguridad. Mientras sus dos compañeros se afanaban en ello, Winaja salió en solitario al pasillo para enfrentarse a las máquinas, ya que estaban acorralados: era la única salida de ese área. Fry, al ver esto, se sintió un poco culpable de que quedara vendido y sabiendo que sus conocimientos de informática para nada estaban a la altura de los electrónicos, dejó a Tobías solo y salió también a echar una mano.

El joven aprendiz de *hacker* apenas se dio cuenta de esto, pues tras acceder al sistema operativo de uno de los servidores había encontrado lo que menos se estaba esperando: información abundante acerca de ellos tres. «¿Qué leches es esto?», se preguntó intrigado. Y mientras de afuera le llegaba el retumbar de los disparos, hojeó apresuradamente las fichas en la tensión del momento.

\* Nombre: Winaja Melián, Víctor

\* Fecha de nacimiento: 3 de enero de 1989

\* Altura: 182 cm

\* Peso: 80 kg

\* Afiliación: Fuerzas Armadas, Ejército de Tierra, Brigada Paracaidista.

\* Histórico: Alistado en 2006. Academia General Militar. Teniente en 2011. Guerra de la Energía, 2011{2013. Muy condecorado. Participa en una acción decisiva de combate el último año del conflicto, en la cual mueren todos sus hombres. Solicita baja en 2014, informe psicológico reseña culpabilidad por desobedecer órdenes y ser el único superviviente. Carrera errática desde entonces.}

— ¡Ahí va la hostia! —se le escapó en voz alta—. Así que por eso es tan estirado el capullo este. Un militar, me lo tenía que haber imaginado, pinta tenía. Y medio loco por lo que dice aquí.

Afuera, las detonaciones se sucedían sin parar y la refriega ganaba en violencia. Pero aquellos datos habían captado toda la atención de Tobías, quien no podía separar la mirada de la pantalla. Siguió leyendo.

\* Nombre: Fariña Ortiz, Francisco

\* Fecha de nacimiento: 12 de noviembre de 1991

\* Altura: 177 cm

\* Peso: 85 kg

\* Afiliación: Universidad de Vigo, Escuela de Ingenierías. ArsTech Aeronáutica. El Centro.

\* Histórico: Ingeniería Aeronáutica, 2009 - 2014. 4<sup>o</sup> puesto en escalafón. Máster en Sistemas Aeroespaciales, 2014 - 2016. 2<sup>o</sup> puesto en escalafón. Contratado por ArsTech Aeronáutica en 2017. Absorbida por El Centro en 2025 tras OPA no hostil. Considerado desaliñado pero brillante por sus compañeros. Numerosos proyectos de investigación en su tiempo libre. Entrevista con RRHH revela que se siente estancado e infravalorado.

«Joder, menudo cerebritito, y yo que me creía listo», pensó Tobías. Siendo un ingeniero, se explicaba la competencia que había demostrado antes. No le parecía que encajase mucho en una unidad secreta de comandos, pero bueno, si se sentía aburrido... «Debe ser horrible el sentirse atrapado en una oficina».

Aún quedaba una ficha. La suya. Sintió un cosquilleo en el estómago antes de abrirla. ¿Qué podría saber esta gente sobre él?

\* Nombre: Suárez, Tobías (sólo disponible apellido materno)

\* Fecha de nacimiento: 1997 (sólo se conoce el año)

\* Altura: 180 cm

\* Peso: 75 kg

\* Afiliación: Desconocida. Numerosos contactos en los bajos fondos.

\* Histórico: Dado en adopción. Explotado por banda de narcotraficantes para fines delictivos. Encontrados muertos en 2012, se supone obra suya. Actividades delictivas variadas, robo, tráfico de drogas, tráfico de armas, lavado de dinero, intrusión en sistemas informáticos. Sin grupo fijo pero con numerosos contactos. Independiente, autodidacta. Bebedor, fumador, mujeriego. Ha dado muestras de poseer un código de honor propio.

— ¡Joder, pero si me tienen fichado! ¿Cómo han sabido todo esto? Y menos mal que no mencionan a Jonás ni a...

No daba crédito. Si Kippel tenía acceso a todo aquello, la única explicación posible era que se lo hubiese proporcionado el traidor. No, aquello no encajaba. Se acababan de conocer ese mismo día. Entonces, la otra posibilidad era que se hubieran colado en las bases de datos de La Agencia... Loui había mencionado que *Raven* era informático. Quizás fuese un *hacker* bastante competente. Más que él, desde luego. Hombre para todo, se había criado en las calles tal y como relataba su perfil, y sabía moverse por los bajos fondos tirando de sus contactos para conseguir lo que necesitara. Hecho a sí mismo.

Algo no marchaba bien. Si sabían quiénes eran ellos y les estaban esperando... ¿Para qué todo ese paripé? ¿Por qué no

---

les habían emboscado antes? Le dolía la cabeza de buscarle un sentido a ese acertijo. Y justo en ese momento, Fry entró de nuevo en la sala de servidores sudando profusamente y con la G-41 echando vapor en la mano.

— ¡Mierda, mierda! ¡Estamos atrapados! No hay otra salida, y no podemos con tantos.

— Tiene que haber alguna otra. Oye, no te vas a creer lo que encontrado. . .

— ¡No hay tiempo, dentro de nada estarán aquí!

Producto de la desesperación, empujaron con el hombro un pesado archivador provocando que cayera trabando la puerta, impidiendo el acceso de los enemigos. Pero al darse cuenta de que eso también les dejaba sin opciones a ellos maldijeron su propia estupidez, y comenzaron a dar culatazos al cristal que daba al corredor, incapaces de volver a levantar el mueble. No llevaban ni tres golpes cuando los robots de fuera les ayudaron terminando el trabajo a balazos. Uno de ellos, con gran dificultad, intentó pasar por la abertura mientras Tobías y Fry vaciaban cartucho tras cartucho sobre él. Pero estos sí que conservaban su carcasa original que les proporcionaba blindaje extra.

Al otro lado la situación se había tornado en puro delirio. Era un combate muy intenso en el que apenas había opciones de supervivencia. Winaja, fuera de sí y con la adrenalina cegando su sentido común, sacó su cuchillo de combate de la funda y de un ágil salto se subió encima de uno de los robots, que en ese momento le daba la espalda. En un estado de furia incontrolable, le asestó puñalada tras puñalada en los «ojos» a la criatura, arrancando a la vez piezas de metal de su exoesqueleto, mientras este giraba sobre sí mismo y pegaba sacudidas

tratando de zafarse de la peligrosa bestia que tenía por mochila. Finalmente lo consiguió tras unos eternos segundos. El exmilitar fue a parar al suelo, magullado y con la mandíbula apretada, sus ojos rezumando odio. El Y-101 le apuntó a la cabeza con su escopeta, pero no desvió la mirada ni intentó cubrirse, estaba dispuesto a morir. En ese mismo instante los LED de la máquina se apagaron, y sin potencia se derrumbó hacia delante. Los daños que había sufrido se habían probado excesivos.

A unos metros de allí, en la sala de servidores, sus compañeros no estaban teniendo tanta suerte. Habían recibido varias heridas cada uno, no mortales pero sí dolorosas y casi incapacitantes. No podían más. Se escondieron detrás del mobiliario, encogiéndose para reducir el blanco que ofrecían. Uno de los robots avanzó con intención de rematarles mientras su compañero restante salía rumbo al pasillo para encargarse de Winaja. Al verlo venir, este se puso en pie con ayuda de las manos y escapó cojeando en la única dirección que todavía no habían explorado. El blindado decidió dejarlo para más tarde.

Llegó hasta una puerta de madera endeble que sin vacilar abrió de una patada a la carrera. No estaba para contemplaciones. Y allí dentro se encontraba nada más ni nada menos que el mismo *Raven*, quien del susto casi se cayó de la silla ergonómica que ocupaba rodeado de sus ordenadores de sobremesa e interfaces etéreas tipo A. Se dio la vuelta, completamente lívido.

— ¿¡Cómo has llegado hast...!?

Fueron sus últimas palabras. Sin darle tiempo a terminar la frase, de un salto Winaja se abalanzó sobre él y comenzó a acuchillarle. Estaba fuera de sí. Todos eran sus enemigos en ese momento. La sangre salía a borbotones.

---

En la otra sala, el robot que había ido rodeando la cobertura de sus colegas divisó a Tobías y abrió fuego. No le alcanzó de forma directa, pero algunas de las postas hicieron blanco y el joven cayó hacia atrás como fulminado por un rayo. Un reguero carmesí brotó de su tórax. Fry, que no deseaba correr la misma suerte que su moribundo compañero, escapó por la abertura del cristal con tanta prisa que dejó su escopeta ya vacía en el camino. Siguiendo las voces llegó hasta la sala de control a tiempo de presenciar la dantesca escena.

Cuando Fry alzaba los brazos, conciliador, para intentar convencer a Winaja de que se calmara un poco y dejara de apuñalar a su tocayo, otro hombre irrumpió en la estancia mediante una puerta trasera empuñando una pistola.

— ¡Alto! ¡Dejad las armas, ya! ¡Que pare esta locura!

— ¿Pero quién es usted? —replicó el ingeniero, aunque levantando las manos con cautela.

— Soy Christopher Santos. Y vosotros estáis cometiendo un error. Esto se nos ha ido de las manos, sabía que era un error. Parad ya.

— Vuestros robots nos están machacando. Si los desactivas, pararemos.

— Ni hablar. Son mi seguro de vida.

Se decretaron tablas, pues ninguno de los dos bandos estaba en condiciones de ceder a las exigencias del otro. Por toda respuesta, Winaja presionó aún más el cuchillo contra el cuello de *Raven*. Los dos Y-101 que quedaban, tras marcar a Tobías como «abatido», salieron de la sala y recorrieron el pasillo hasta la sala de control.

Fry y Winaja estaban muy nerviosos, pero ahora también Christopher, y cada vez más. El barbudo ingeniero, que ya estaba desarmado, seguía implorando que por favor desactivase sus máquinas, pero el miembro de Kippel contestó que *Raven* era el único que sabía cómo hacerlo, puesto que los había programado él mismo. Justo cuando Winaja se disponía a asestar otra mortal puñalada al ya inmóvil cuerpo del informático, los robots irrumpieron en la sala. Fry, indefenso, se escondió en una esquina cercana con dos amplias zancadas. El exmilitar dejó caer el cadáver de su malograda víctima y se abalanzó sobre ellos tal y como había hecho con su compañero: cuerpo a cuerpo y a cuchilladas.

Ya no estaba allí, en el búnker de aquella mansión. Había perdido la cabeza por completo. A su mente acudieron *flashbacks* de aquella fatídica operación durante la Guerra de la Energía, en 2013, cuando todavía luchaba con el ejército. Todos sus hombres habían muerto y la culpa había sido suya. Esa victoria le había sabido a cenizas. No permitiría que la historia volviera a repetirse, no esta vez. Embistió salvajemente a sus enemigos mecánicos, que en su mente hablaban en ruso, con una mueca de satisfacción. Allí, rodeado de sangre, muerte y metal encontraría la redención que tanto anhelaba.

Durante este último combate Fry cayó malherido de forma similar a Tobías, y se desangraba en silencio temeroso de atraer la atención si gritaba. Winaja remató a los robots, bastante tocados de la anterior escaramuza. Cuando terminaba con el último, captó movimiento por el rabillo del ojo: Christopher, que se había acercado al cuerpo de su colega, le arrastraba hacia atrás cogido por las axilas en un vano intento de salvarle. Las lágrimas afloraban a su rostro al darse cuenta de la magnitud del hecho, de todo lo que había perdido de manera irreparable. Se arrepentía de tantas cosas. Winaja, cegado todavía por el odio e identificándolo como una amenaza, se apoderó de

---

una de las G-41 del suelo y rodando hacia adelante efectuó un único disparo en aquella dirección, que hizo blanco. De este modo Christopher se reunió con su amigo en el más allá. La tragedia, que de principio a fin había sido un sinsentido absoluto, había llegado a su conclusión con este postrero episodio de violencia.

\*\*\*

Winaja, jadeante, era el último hombre en pie. Abrió la mano y dejó caer el arma, cansado y harto. ¿Qué había hecho? Y lo más importante, ¿qué iba a hacer? Miró a su alrededor, recuperando el control poco a poco. Aún le pitaban los oídos por tantos disparos sin protección auditiva, y estaba seguro de que su *tinnitus* crónico tan sólo iría a peor. Genial.

La misión. Eso siempre era lo más importante de todo. Sus objetivos. Llegar hasta el final y cumplirlos sin importar el precio. Vio a Fry. Con los medios que le ofrecía un botiquín de pared cercano, vendó sus heridas. Después, buscó a Tobías e hizo lo mismo.

El traidor. Se le había olvidado tras tanta tensión. Tenía que solucionar ese embrollo de una vez por todas. Les ató con jirones de ropa de una taquilla en el almacén, y cargó con sus cuerpos inconscientes hasta allí. Cerró la puerta y aguardó a que volvieran en sí.

Cuando despertaron les interrogó, aunque la palabra más exacta habría sido «torturó», puesto que les causó el daño que consideró necesario para sentirse confiado de que no mentían. Quería saber cuál de ellos era el tercer renegado de Kippel, pero no consiguió nada en limpio. O ambos habían sido entrenados para aguantar sus técnicas (cosa que descartó), o sus gritos eran sinceros. Eso le provocó confusión. Algo no enca-

jaba.

Ellos, por su parte, descartaron también a Winaja como el topo. Sus actos hablaban por sí solos y le colocaban fuera de toda duda. Nadie podía actuar tan bien, pensaban contemplando con miedo sus ropajes manchados de sangre. En cierto modo incluso entendían su postura: les había salvado la vida del ataque de los robots, y nada le habría impedido rematarles a ambos y reclamar toda la recompensa.

Acordaron dejarlo correr todo. Winaja les desató y se estrecharon las manos, aunque ambos le guardaban un poco de rencor por los tormentos, pero no dijeron nada ya que se alegraban de estar vivos y eso era suficiente. Llegaron a la conclusión forzosa de que alguien en El Centro había cometido un error y ninguno de ellos pertenecía a Kippel. Tal vez nunca había existido aquel «tercer hombre». Decidieron volver a las instalaciones de La Agencia para presentar el informe de su misión.

Las ruedas del coche del fallecido *Raven* estaban pinchadas, así que utilizaron uno de los dos vehículos del garaje subterráneo. Antes de partir se adecentaron como pudieron en el baño, ya que presentaban un aspecto lamentable. Debatieron si cargar en el maletero los cuerpos de Lorenzo y Santos a modo de trofeo, pero esta idea quedó descartada por el compromiso que plantearía si les paraban las autoridades. La Agencia se encargaría de enviar a un equipo de limpieza.

Se montaron en el vehículo y pusieron rumbo a Valdasta. Mientras la luz de un sol cruel entraban por las ventanillas y les golpeaba de lleno en sus rostros demacrados, hicieron el viaje en completo silencio asimilando los hechos recientes. Las palabras sobraban, y a la vez tampoco eran suficientes.

---

— Un error. Todo ha sido un error muy caro —dijo Winaja.

Ni siquiera habían cambiado de silla; estaban sentados en las mismas que la primera vez, quizá por costumbre.

— ¿Por qué nos dijo eso? ¿Por qué?

Loui, de pie ante ellos, había perdido la expresión de divertida confianza a medida que iban narrando todo lo sucedido. Ahora estaba serio, turbado incluso, y se diría que unas oscuras ojeras habían aparecido de repente. Tenían una remota idea de la pesadilla logística que supondría restaurar el orden en aquel chalet.

— Era una prueba. Queríamos ver cómo os comportaríais en una situación de incertidumbre y desconfianza. Después de todo, si vais a ser agentes esa es una situación que podréis vivir cada día —aclaró el ejecutivo.

Tobías se giró hacia Winaja y le dirigió una mirada llena de resentimiento. «Te lo dije, gilipollas», parecía decir su rostro. El otro bajó la cabeza.

— Hemos podido acabar muy mal —intercedió Fry—. Hemos estado a punto de. . .

— Sí, pero no ha ocurrido —le cortó Loui—. Habéis superado con éxito vuestra misión, y estáis de vuelta —parecía también un poco hartó, pero no atinaban a decir por qué.

La verdad es que nunca se habrían pintado a sí mismos como «triunfadores». Según relataban los hechos, ellos mismos se habían dado cuenta de lo ridículo que sonaba todo. De la chapuza digna de unos aficionados que había resultado. Pero a Loui parecía bastarle con eso, o a lo mejor no quería volver

a pasar por todo el proceso y ser testigo de una nueva calamidad a manos de otros tres desconocidos. Seguramente fuera lo último.

— Sí, habéis cumplido vuestro objetivo y tendréis vuestra recompensa. Si queréis, podéis coger vuestras cosas y marcharos ahora mismo. Pero os prometí que estaba en juego otro premio mucho mejor: la oportunidad de lograr un puesto en La Agencia. Y soy hombre de palabra, así que en caso afirmativo tomaréis parte en el siguiente entrenamiento. Hay un hueco para vosotros si ese es vuestro deseo.

No hubo dudas esta vez, y contestaron todos al unísono.

— ¡Sí!

Bastante rato después surgieron por la puerta de la sede. Había sido el día más extraño de sus vidas. Y por lo que les habían prometido, no había hecho más que empezar. Según encendieron sus teléfonos, les llegó un mensaje indicando que se había realizado el depósito de una cierta cantidad en sus cuentas bancarias. Algo aliviaba las penas. Ahora disponían de una semana para poner sus asuntos en orden antes de que comenzase su instrucción.

Winaja no tenía muchas ganas de cháchara. Pronto se despidió de ellos con corrección y cortesía militares, y se alejó caminando. Le gustaba andar y notar la brisa acariciándole, fría o no. Pero esta vez tenía otras cosas a las que darle vueltas. Por primera vez en casi quince años sentía que tenía un propósito, algo por lo que vivir. Dejaría de atormentarse y haría las paces con el pasado. Había vuelto al lugar donde pertenecía: una unidad de élite, rodeado de los mejores, listo para recibir un cometido y llevarlo a su término con éxito. Para cumplir con su deber.

Fry tampoco estaba hablador, pero sí igual de contento internamente. Saludó a Tobías y caminó también, en dirección opuesta. Apenas daba crédito: por fin era libre. Nunca más encerrado en un asqueroso despacho, quemándose la vista con una pantalla. Había roto las cadenas que lo esclavizaban. Se juró que no volvería atrás, sin importar lo que hiciera falta.

Tobías no pensó ni dijo nada, pero se quedó un rato aún, fumando. Para él, aquello no se había alejado mucho de su día a día. La vida era dura, pero él lo era más todavía. Estar vivo al final de la jornada no requería ninguna reflexión, en todo caso, una celebración. Escribiría a esa azafata. Terminó el cigarrillo de una profunda calada, lo tiró al suelo y aplastó la colilla despacio. Después, metió las manos en los bolsillos y echó a andar con la cabeza bien alta.

\*\*\*

— *Lo siento. Lo siento de veras. Os he fallado. Perdonadme. No he podido salvaros, y ahora os he perdido para siempre. Me he quedado solo.*

*Una flor sobre la tumba de Francisco Lorenzo.*

— *Pero no me rendiré. Os lo juro. Seguiré adelante y llevaré el proyecto a cabo. Lo haré por vosotros, es lo que habrías querido. Siempre tendré vuestro nombre presente, no permitiré que os olviden.*

*Otra flor sobre la tumba de Christopher Santos.*

— *Y escucha, amigo mío. . . No te preocupes. Cuidaré de ella. Te doy mi palabra.*

